

Global/local: desafíos a la memoria histórica

MABEL MORAÑA

Memoria/olvido: variaciones sobre lo local

El tema de la memoria histórica se inscribe por derecho propio dentro de la serie de problemas que la globalización obliga a replantear en nuestro fin de siglo. Por un lado, la globalización nos lleva a repensar el impacto que pueden tener las agendas locales en su articulación a contextos más amplios. Al mismo tiempo, lo global imprime, a su vez, nuevos parámetros a contenidos propios, que nos habíamos acostumbrado a pensar en términos de conciencia individual o colectiva, restringiéndolos siempre a la familiaridad comunitaria.

Desde la década de los años ochenta, el tema de la memoria histórica debió abrirse paso en nuestra región en medio del clima planteado por redemocratizaciones pactadas, que dejaban en un lugar incierto del imaginario colectivo los quiebres, despojos e interrogantes que habían sucedido a la cancelación del estado de derecho en la década anterior.

En el contexto de la conciliación y los acuerdos que caracterizaron las "políticas de transacción", la memoria fue vista como un dispositivo perturbador, un mecanismo capaz de reapropiarse de la violencia sufrida y devolverla procesada en un recuerdo que desautoriza las lecturas oficiales del pasado inmediato y las propuestas que imponían, en una asociación que superaba, sin duda, las etimologías, una relación demasiado estrecha entre amnistía y amnesia colectiva.¹ En otros contextos –pienso, por ejemplo, en la situación indígena guatemalteca denunciada en testimonios y documentos de diversa índole– el tema de la memoria histórica se abre paso también fuertemente apegado a la reivindicación de derechos humanos y a la problemática étnico-social donde memoria es también tradición, ancestros, genealogía. Los ejemplos de memorias locales que pugnan por hallar su lugar en los flujos acelerados de información transnacionalizada podrían multiplicarse.

Con toda su dramática particularidad, la temática de los derechos humanos apela, ella misma, a un tránsito conceptual e ideológico universalista, que saca de fronteras –no sin las obligadas matizaciones socioculturales– la repercusión ética de los atentados realizados contra individuos en diversos contextos, proponiendo una normativización de principios y unas estrategias de control político, de conflictiva aplicabilidad. El discurso de los derechos humanos es, en este sentido, una narrativa de alcance global, que aproxima en el tiempo espacios y actores políticos, en una recuperación que intenta articular conocimiento y acción.

En un sentido más amplio y temporalmente dilatado, la recuperación memorialista de la que Marcelo Viñar llamara "fracturas de la memoria" apela también a una circulación social de los relatos o las reminiscencias simbólicas del pasado a partir de las cuales se va efectuando el duelo y la recuperación postraumática. Esa recuperación memoriada se apoya, asimismo, en las nociones de permanencia y pertenencia del individuo y de su acervo de recuerdos, en una comunidad determinada. En diversos contextos –el judío, por ejemplo– se han registrado reflexiones similares a las que estoy aludiendo, ya que después de todo, como Yerushalmi ha indicado en diversas oportunidades, la fenomenología de memoria y olvido es la misma en todos los grupos sociales; sólo cambian los detalles.²

El tema de la memoria/olvido es, así, inherente a toda reflexión acerca de la constitución de identidades y construcción de ciudadanía, y no podía estar ajeno a la polémica en torno a los efectos locales o regionales de la globalización. Si identidad es memoria –recordar quiénes somos, cuál es nuestra genealogía individual y colectiva, qué sucesos constituyen nuestro pasado– es indudable

que el tema mantiene su vigencia, aunque la identidad no pueda ya ser entendida a nivel social como una estructura fija, homogénea, esencializada o atemporalizada, cerrada autistamente sobre sí misma o afincada territorialmente, sino como un sistema de afiliaciones móviles y múltiples que constituyen al individuo de distinta manera, en distintos contextos. Identidad implica así, memoria, y sólo entonces, responsabilidad: el individuo constituido en "persona" jurídica debe reconocer como propias sus acciones, atender a la continuidad de su (id)entidad social, ser-igual-a-sí-mismo y ser-igual-con-otros, a través del reconocimiento de su propio pasado y el de la comunidad en que vive.³

Legítimamente, el tema del olvido ha sido a su vez objeto de numerosos estudios, como contracara de los problemas antes anotados, relacionados con la rememoración. No sólo el olvido supone el ejercicio pleno de la memoria, no sólo puede olvidarse solamente aquello que ya ocupa un lugar en el archivo del individuo o la comunidad, sino que el olvido es una forma de filtrar el recuerdo, de hacerlo soportable, de facilitar su incorporación en el orden del saber, que ha resultado definitivamente afectado por el hecho traumático.⁴ En todo recuerdo de un trauma o de una catástrofe hay un trasfondo de olvido de los detalles del horror, una selección que tamiza la empiria y la traduce a términos más moderados, que permiten su recuperación y re-presentación actualizada.⁵ De ahí que se haya puesto tanto énfasis en los debates sobre el tema de la memoria/olvido en torno a los "usos" o "formas" del olvido.^{6,7} Hay, en efecto, un "uso" higiénico, terapéutico del olvido, como también hay, entre otros, usos perversos, relacionados con la impunidad, que tocan ya no sólo al orden del saber, que antes aludía, sino al orden del hacer.⁸ El ejercicio de la memoria histórica parece exigir siempre acciones, prácticas sociales que deben derivar, de alguna manera, del hecho recordado, asimilado como experiencia a partir de la cual puede evitarse la repetición de sucesos traumáticos. El olvido sucede, como ha indicado Yerushalmi, cuando un grupo humano no logra transmitir a la posteridad lo que aprendió en el pasado.⁹ Según el mismo autor, quizá el antónimo de olvido que tenemos en mente en muchos contextos no sea memoria, sino justicia.¹⁰ Pero el olvido relativo es también lo que asegura, hasta cierto punto, la no apelación a la venganza. De ahí que la instancia política se adjudique, en el ejercicio del poder, la regulación de la memoria/olvido: la política -la vida de la polis entendida como núcleo social sancionado por la presencia del Estado- se apoya en la suspensión de la memoria, en la administración del recuerdo, en el estilo que ha recordado Nicole Loraux respecto a la Atenas del siglo V a.C. en que se decretó una

ley que prohibía “recordar las desgracias”, para poder realizar, sobre esa inhibición de la memoria cívica, el ideal de la reconciliación, ya que como ha indicado Tomas Moulian en un contexto mucho más cercano, “el consenso es la etapa superior del olvido”.¹¹

Con esta carga específica, conflictiva, reivindicativa y también, sin duda, fuertemente política, el tema de la memoria histórica interpela las estrategias de globalización, incorporando en la valoración de estos procesos interrogantes de tipo ético que tienden a quedar desplazadas de análisis más preocupados con las implicaciones económicas o político sociales de las transformaciones que se viven a nivel planetario. Si se asimila globalización a homogeneización, desidentidad, uniformismo, es evidente que la memoria juega, en el otro polo, como elemento diferenciador, como el momento en que el pasado moderno y premoderno se inscribe en los procesos actuales y los interpela.

En los debates acerca del lugar de lo local en los procesos de globalización, es válido volver a preguntarse qué lugar se reserva al particularismo y al pasado, a la peripecia de sectores sociales movilizados en torno a agendas de emergencia, en los dos sentidos posibles de la palabra, a las fracturas infligidas en el cuerpo social, al borramiento de tradiciones, individuos, acciones, que por haber amenazado con variar el curso de la historia, fueran reprimidas del escenario social y luego, también pretendidamente suprimidas de su actualización como recuerdo, discurso, relato, narrativa del otro que resultó vencido en la lucha social.

Usos de la memoria

Al igual que se ha hablado de los usos posibles del olvido, cabe ahora preguntarse, en mi opinión, por los usos posibles de la memoria, en momentos de fuerte modificación de la esfera pública, cuando se replantea el lugar del intelectual en el planeamiento e implementación de políticas culturales que deben reforzar la *diferencia*-local, regional, sectorial- en la definición de nuevas formas de ciudadanía capaces de articularse eficazmente a la totalidad globalizada. Si la ciudadanía se refiere, como se ha sugerido, “al sentimiento de pertenecer, compartir intereses, memorias y experiencias con otros, sentirse parte de una amplia colectividad, poseer valores en común y sentimientos profundos de identificación”,¹² es lógico que gran parte del debate se centre en el lugar de lo histórico a partir del cual se vincula particularismo y universalismo, individualidad y comunidad, fuerzas indudablemente constitutivas de la noción de ciudadanía. De la misma manera, es

lógico que se reactualicen las interrogantes sobre cómo integrar el pasado al imaginario fragmentado de la posmodernidad, a su canto a lo efímero, a la banalización de lo político en relación con la centralidad que adquiere una vivencia nueva de lo cultural, situado ahora en el centro de las dinámicas sociales. Si bien el tema de la memoria, reaparece en el menú teórico y discursivo en diversos contextos, el tópico recibe un tratamiento donde historia, política y memoria toman caminos paradójicamente divergentes. Martín-Barbero recuerda al respecto los conceptos de P. Nora en *Les lieux de memoire*, donde ese autor se preocupa por "una contradicción crucial en este fin de siglo, la que entraña el desvanecimiento del sentimiento histórico y el crecimiento de la pasión por la memoria".¹³ La memoria es en muchos casos objeto de una monumentalización que al fetichizarla la desaloja de contenido político reivindicativo, cuestionador, contracultural, asimilándola al statu quo, y a una noción en muchos aspectos perimida de totalidad o identidad nacional, que sirve a objetivos de regulación conservadora e inmovilista del pasado histórico. Según la cita de Nora, "La nación de Renan ha muerto y no volverá. No volverá porque el relevo del mito nacional por la memoria supone una mutación profunda: un pasado que ha perdido la coherencia organizativa de la historia, se convierte por completo en un espacio patrimonial".¹⁴ Sin una conceptualización del sentido y direcciones de la historia, que sólo puede abarcarse desde una comprensión politizada de la sociedad, de sus impulsos y frenos, de sus horizontes de desarrollo, la memoria se vuelve un protocolo inoperante, una formalidad que integra el repertorio institucionalizado de una discursividad sin referentes.

En un sentido similar, Nelly Richard ha aludido, en múltiples ocasiones, a ese vaciamiento de la memoria histórica —memoria pública, memoria colectiva, memoria cívica, en otras denominaciones. Junto al ahuecamiento del lenguaje que se refiere a la violencia ("palabras debilitadas por las rutinas oficiales",¹⁵ el consenso político del transaccionismo redemocratizador ha implementado, según Richard, el pluralismo de la no-contradicción, en torno al eje de una reconciliación nacional ajena a la justicia. Como indica la autora chilena, "el consenso político solo es capaz de 'referirse a' la memoria (de evocarla como tema, de procesarla como información) pero no de practicarla ni tampoco de expresar sus tormentos" ya que "practicar' la memoria implica disponer de instrumentos conceptuales e interpretativos necesarios para investigar la densidad simbólica de los relatos".¹⁶ La memoria se reduce así a "una doble cita respetuosa y casi indolora. Tribunales, comisiones y monumentos a los derechos humanos citan respetuosamente a la

memoria (hacen mención de ella, la notifican), pero dejando fuera de sus hablas diligentes toda la materia herida del recuerdo".¹⁷

En el artículo que estoy citando Richard se extiende sobre las múltiples formas del olvido: el que propone mirar hacia el futuro y concentrarse en la cualidad efímera de la posmodernidad y en sus fragmentaciones, el que se regodea en los postulados de "el orden y la reintegración social", las técnicas de "obliteración institucional de la culpa que a través de las leyes de no castigo (indulto y amnistía), separan a la verdad de la justicia", las que implementan los medios de comunicación con estrategias de supresión o "cosificación" de la memoria en *noticia*, etcétera.¹⁸

El problema nos devuelve, nuevamente y por otra avenida, al tema que venimos abordando: no sólo ya al de la globalización, con sus desafíos y enigmas político-económicos, sino al de las cualidades del mundo posmoderno, donde el vaciamiento de ciertos protocolos y lenguajes que remiten a la memoria histórica demuestra otro vaciamiento mayor. Me refiero no sólo al vaciamiento de la deshistorización a que se refería Martín-Barbero sino al de la *despolitización* en las maneras de construir e interpretar la cultura, entendida ésta en sentido amplio, como práctica interpelante, incompleta en sí misma, en tanto producción simbólica, que sólo se completa cuando se la analiza como respuesta activa a determinadas estructuras de poder y autoridad.

En otro trabajo sobre el tema de la memoria histórica, Richard ha analizado las reacciones registradas en la sociedad chilena a raíz de la captura y detención de Pinochet en Londres, el 16 de octubre de 1998. Resultado local de una dilatada pero sin duda pertinente repercusión globalizada de la memoria histórica, el apresamiento del ex dictador y Senador Vitalicio de Chile despertó en ese país pasiones políticas adormecidas o canalizadas por el transaccionismo de la Transición, las cuales se orientaron en diversas direcciones. Richard recoge principalmente la que conmocionó a las mujeres pinochetistas que se movilizaron en manifestaciones que junto a los caceroleos que precipitaron la caída de Allende en 1973 echaron mano a un ritual que incluía desde la creación de un altar de la Patria en que la figura de Pinochet se superponía al rostro de la Virgen María, hasta la utilización de posters y camisetas que decían "Yo amo a Pinochet" o "Pinochet es inmortal", conjugando "en una misma ritualidad creyente, la imaginería católica y el kitsch patriótico, el culto mariano y el fervor pinochetista".¹⁹

Dentro de esa misma ritualidad, que incluye una determinada actualización de la lengua, así como una resignificación del espacio público, del cuerpo presente y ausente como lugares simbólicos en

los que se aloja y exhibe la memoria, es todavía necesario preguntarse qué memoria, y al servicio de qué causa, para legitimar qué valores, y como contracara de qué olvidos individuales, colectivos, institucionales.

En el contexto argentino se ha debatido también acerca de los límites entre memoria social e impunidad, y se han avanzado reflexiones sobre la estética de la memoria –y no ya sólo su retórica– sobre las estrategias a partir de las cuales se impone a la memoria no ya una relación con las identidades sociales, sino con los procesos de identificación que devuelven al individuo la responsabilidad social por lo que los recuerdos actualizan, para que la memoria sea algo más que un tópico, y tenga un espesor que supere al de la noticia fugaz, formalizada, vaciada de contenido emocional y, como no, político.²⁰

En la contracara de la movilización de mujeres pinochetistas están, por ejemplo, las Madres de la Plaza de Mayo y movimientos similares, es decir otro uso posible de la memoria, otras prácticas, otras agendas culturales que apelan de otro modo a las posibilidades de una actualización globalizada de agendas, agentes, acciones localizadas en lugares y momentos precisos de una historia común. Otras maneras de vivir el cuerpo, de recuperar con el cuerpo y la imagen, presentes y desaparecidos, un mismo corte de la peripección colectiva que constituyó nuestro ser-con-otros, para que la memoria sea interpelación, intervención, y no sólo evocación memoriosa.

Al mismo tiempo, sin duda estas diversas actualizaciones de la memoria histórica implican modos diversos de inscribir la cuestión genérica, la situación de la mujer con relación al espacio doméstico y público, y las mediaciones que en cada caso se ponen en juego para vincular familia y nación; memoria, ciudadanía e institucionalidad; ética y política. Nicole Loraux ha recordado la larga genealogía cultural que se asocia a la figura de la madre enlutada, desde la tragedia griega en adelante, la cual ha marcado, a lo largo de la historia, ese espacio simbólico en que la sociedad civil se mira en el espejo de sus propios recuerdos y sus propias acciones, poniendo la emoción frente a la historia y permitiendo interpretar la ira del héroe como una relectura que desplaza y actualiza (pone “en acto”, traduce en acción) el dolor de las madres que sufren el duelo político. Esta compartimentación de roles y funciones genéricas, en gran medida superadas por los flujos sociales y políticos de nuestro siglo, son retomados en otro orden por Marc Auge, cuando interpreta que quienes tienen el “deber de la memoria histórica” son los que no han sido testigos directos o víctimas de los acontecimientos traumáticos (los cuales viven, por así decirlo, en la memoria) sino

que "el deber de la memoria es el deber de los descendientes",²¹ el cual debe canalizarse tanto por la vía del recuerdo, como por la vía de la vigilancia. Otra compartimentación de funciones y deberes sociales que se presta a debate y que muestra el entramado complejo social, sicológico, político, tanto como local y a la vez universalizado, de la problemática ligada a la memoria.

Todo esto para señalar que los usos de la memoria –más que la mera reivindicación formalística de ésta–, imponen una reflexión sobre el lugar de lo político, y por ende por la redefinición de lo histórico en los procesos actuales, y para sugerir que quizá una de las funciones de la crítica cultural sea justamente la de constituirse en una alternativa capaz de relativizar, en alguna medida, la retórica de lo efímero y de cargar con la fuerza y las urgencias de lo local –como Hobsbawm sugería hace poco en Montevideo recordando el apresamiento de Pinochet– el escenario de la globalidad.

NOTAS

1. Sobre la relación entre amnistía y amnesia (olvido) véase Loraux.
2. Yerushalmi, Yoseph H., "Reflexiones sobre el olvido" en Yerushalmi, Y. et al., *Usos del olvido*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1989, p. 20.
3. Rabossi recuerda la relación entre lo recordado y la constitución de "persona jurídica", o sea el valor forense de la memoria individual y colectiva, apoyándose la definición de Locke acerca de los constituyentes de la identidad y de la "mismidad" (8-9).
4. Según Auge, el olvido es un componente de la memoria, y ya no sólo su contrapartida, como puede entenderse cuando se asimila el par memoria/olvido como similar al de vida/muerte.
5. Loraux, Nicole, "De la amnistía y su contrario" en Yerushalmi, Y. et al., *Usos del olvido*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1989.
6. Yerushalmi, Y., Loreaux, N., Mommsen, H., Milner, J-C., Vattimo, G., *Usos del olvido*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1989.
7. Auge, Marc, *Las formas del olvido*, Barcelona, Gedisa, 1998.
8. Milner ha resaltado esta doble adscripción del olvido, en el orden de lo que se sabe o se conoce, y en el orden concreto de las acciones. Ambas formas se traducen en el lenguaje que se usa para hablar del olvido: olvidar[se] de algo y olvidar hacer algo, respectivamente.
9. Yerushalmi, Yoseph H., "Reflexiones sobre el olvido" en Yerushalmi, Y. et al., *Usos del olvido*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1989, p. 18.
10. *Ibidem*, p. 26.
11. Citado por Richard, Nelly, "Historia, memoria y actualidad: reescrituras,

- sobreimpresiones" en Moraña, Mabel (ed.), *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*, Santiago de Chile-Pittsburgh, Ed. Cuarto Propio/III, 1999.
12. Arantes, Antonio Augusto, "Desigualdad y diferencia. Cultura y ciudadanía en tiempos de globalización", en Bayardo, Rubens y Lacarrieu, Mónica (comp.), *La dinámica global/local. Cultura y comunicación: nuevos desafíos*, Buenos Aires, Ediciones CICCUS-La Crujía, 1999, p. 146.
 13. Martín-Barbero, Jesús, "Globalización comunicacional y descentramiento cultural" en Bayardo, Rubens y Lacarrieu, Mónica (comp.), *La dinámica global/local. Cultura y comunicación: nuevos desafíos*, Buenos Aires, Ediciones CICCUS-La Crujía, 1999, p. 36.
 14. *Ibidem*, p. 36.
 15. Richard, Nelly, "La cita de la violencia. Convulsiones del sentido y rutinas oficiales" en *Punto de Vista*, N° 63, abril de 1999, p. 28.
 16. *Ibidem*, p. 27, énfasis de NR.
 17. *Ibidem*.
 18. Parfraseo, aquí, el análisis de Richard sobre las distintas formas del olvido, tomando conceptos de varios de sus artículos sobre el tema.
 19. Cito y glosó aquí, con cierta extensión, el excelente artículo de Richard, ya que éste se encuentra aún en prensa, pero el estudio de la autora se extiende sobre detalles muy significativos de la movilización femenina y su articulación con la memoria histórica, en niveles que no es posible reproducir en esta corta exposición.
 20. Al respecto, véase por ejemplo el artículo de Hugo Vezzetti, y la respuesta de Dalmaroni y Merbilhaa.
 21. Auge, Marc, *Las formas del olvido*, Barcelona, Gedisa, 1998, p. 102.

BIBLIOGRAFÍA

- Auge, Marc, *Las formas del olvido*, Barcelona, Gedisa, 1998.
- Arantes, Antonio Augusto, "Desigualdad y diferencia. Cultura y ciudadanía en tiempos de globalización", en Bayardo, Rubens y Lacarrieu, Mónica (comp.), *La dinámica global/local. Cultura y comunicación: nuevos desafíos*, Buenos Aires, Ediciones CICCUS-La Crujía, 1999, pp. 145-170.
- Bayardo, Rubens y Lacarrieu, Mónica (comp.), *La dinámica global/local. Cultura y comunicación: nuevos desafíos*, Buenos Aires, Ediciones CICCUS-La Crujía, 1999.
- Dalmaroni, Miguel y Merbilhaa, Margarita, "Memoria social e impunidad: los límites de la democracia" en *Punto de Vista*, abril de 1999, pp. 22-25.
- Loraux, Nicole, "De la amnistía y su contrario" en *Usos del olvido*, Yerushalmi, Y. et al., pp. 27-51.
- Martín-Barbero, Jesús, "Globalización comunicacional y descentramiento cultural" en Bayardo, Rubens y Lacarrieu, Mónica (comp.), *La dinámica global/local. Cultura y comunicación: nuevos desafíos*, ob. cit., pp. 27-49.
- Nora, Pierre, *Les lieux de memoire*, Paris, Gallimard, 1992.
- Rabossi, Eduardo, "Algunas reflexiones... a modo de prólogo" en Yerushalmi, Y., Loreaux, N., Mommsen, H., Milner, J-C., Vattimo, G., *Usos del olvido*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1989, pp. 7-11.

- Richard, Nelly, "La cita de la violencia. Convulsiones del sentido y rutinas oficiales" en *Punto de Vista*, N° 63, abril de 1999, pp. 26-33.
- "Historia, memoria y actualidad: reescrituras, sobreimpresiones" en Moraña, Mabel (ed.), *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*, Santiago de Chile-Pittsburgh, Ed. Cuarto Propio/III, 1999.
- Vezzetti, Hugo, "Activismos de la memoria: el escrache" en *Punto de Vista*, N° 62, diciembre de 1998.
- Viñar, Maren y Marcelo, *Fracturas de memoria. Crónicas para una memoria por venir*, Montevideo, Ediciones Trilce, 1993.
- Yerushalmi, Yoseph H., "Reflexiones sobre el olvido" en Yerushalmi, Y. et al., *Usos del olvido*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1989, pp. 13-26.
- Yerushalmi, Y., Loreaux, N., Mommsen, H., Milner, J-C., Vattimo, G., *Usos del olvido*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1989.